Don Quijote

Una Impresión

por

Isidro Fabela

HONORABLE SR. DIRECTOR:

ESTIMADOS COMPAÑEROS ACADÉMICOS:

DISTINGUIDOS MIEMBROS DEL CUERPO DIPLOMÁTICO:

SEÑORAS Y SEÑORES:

EN ESTE mi discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, como Individuo de Número, no haré biografía de Cervantes ni estudio del Quijote, pues no tengo el propósito de agregar un átomo a la cúspide enhiesta que la crítica más sabia y la erudición más copiosa han levantado en honor del más excelso ingenio de España y de su obra óptima.

¿Una interpretación del Quijote? Tampoco. Interpretar lo que Cervantes realizó, con "la última novela de caballerías y la primera novela contemporánea"; elucidar lo que quiso hacer y no hizo, o lo que hizo sin querer, es una empresa superflua, porque Cervantes no se presta a equívocos ni en su estilo ni en su empeño: el Quijote es nítido en su prosa y claro en sus propósitos. Hizo el artista lo que le plugo hacer: con pretexto de zaherir los libros de caballerías levantó en el corazón de España el monumento representativo de la raza y del genio español. Monumento que el propio autor presintió inmortal cuando dijo: "a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lenguaje donde no se traduzca"; y también cuando adivinó la gran verdad: "he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra".

Además, como dice Icaza (don Francisco). "Cervantes no necesita de glosas y anotaciones para ser leído, comprendido y gustado. Ningún ingenio más fácil, más claro, más natural y sencillo que el suyo peculiar y propio. Su lectura no exige preparación ni pide, necesariamente, el comentario explicativo."

"Ninguna profundidad más diáfana que la suya. Ningún testimonio mejor de que en nuestro idioma lo profundo no es oscuro. Su profundidad es la del cielo estrellado, de cuyo fondo, si atentamente se mira, parecen brotar estrellas nuevas."

Me limitaré a exponer las impresiones que el Quijote me dejara en este mundo íntimo que todos llevamos dentro, globo de cristal de nuestro espíritu a través del cual vemos la vida que crea nuestra imaginación y la que leen o contemplan los ojos.

Limitar nuestro horizonte al radio que alcanza la visual del corazón y de la inteligencia nos parece más apropiado, porque al cabo y al fin no hay en el mundo dos espíritus iguales y cada uno entiende y goza la excelsa obra a su manera, según su tiempo, sus años, cultura y sensibilidad. Y son tan varias las sensaciones que produce el Quijote, que una misma persona interpreta de manera diferente el libro inmortal, cuando lo lee de niño, de mozo, de adulto o de anciano. De modo semejante, la retina contempla y goza de diversa manera, el mismo paisaje, al amanecer, a sol plenario, en hora crepuscular o entre las sombras nocturnas.

Diré, pues, lo mío, lo que me ha hecho sentir y pensar el Ingenioso Hidalgo, las sugerencias que en mí despertó y el bien que me hiciera.

Leer el Quijote es acercarse al alma de su autor para contemplar extasiados la luz de su estro, lo profundo de su bondad, la prepotencia de su carácter, la cima de su dolor.

Leyendo el Quijote nos acordamos de Federico Nietzsche, que decía: "Tan pronto como lo abro, parece que siento como crecerme dos alas"; certero pensamiento, porque leerlo es elevar el espíritu a ese plano superior donde se respira un aliento puro y heroico, el de los genios. Y, además, siendo nosotros quienes somos, hoja de una encina añosa y recia que extendió sus ramazones para cubrir con ellas el vastísimo mundo hispánico, al asomarnos al alma del divino loco, nos descubrimos en algo o mucho nosotros mismos, porque todos los hispanoamericanos somos un poco sus hijos espirituales, guardándole por eso, al Caballero de la Triste Figura, un amor admirativo que tiene mucho de filial y respetuoso.

LA PALABRA

Si queremos avalorar con justeza los méritos literarios de Cervantes, es preciso pensar en la misión y fatigas del literato. Para el hombre de letras la vida y la entraña de cada vocablo le atrae, preocupa y apasiona, porque es elemento básico de su personalidad artística por llevar en sí mismo el secreto de su estilo.

La lucha del escritor por la afinación, claridad, pureza y ritmo de su lenguaje, es una empresa bella y heroica. Tiene la belleza de la orfebrería y la heroicidad de una cruzada que comienza en la juventud y acaba en la vejez.

En la depuración de la forma pone el hombre de letras su incli-

nación devota por la estética, una dosis considerable de amor propio, y su dignidad literaria.

El público que no sea técnico, no sabe, no puede saber, cómo son las batallas del escritor con las palabras para dominarlas y manejarlas a su antojo; no entiende que su secreto consiste en encontrar las voces, asirlas, para después emplearlas con tino y gusto.

El escogimiento del término adecuado e independiente, el mejor de todos los que pudieran emplearse en la estructura de una frase, es la tarea delicada del que escribe. ¡Pero cuán intrincados son, a veces, esos hallazgos! Porque la voz indispensable existe en la muchedumbre opulenta de nuestro idioma, pero en ocasiones se esconde o se va como el agua entre los dedos; tras ella van con afanoso ahinco la inteligencia y la inspiración, hasta que la encuentran, y entonces hay que ocuparla bien, acomodándola artísticamente, y eso ha de ser presto antes que los vocablos vuelen de la memoria como avecillas inquietas.

Las palabras tienen su luz propia, su sonido, su sentido; tienen también su valor eufónico y su valor castizo, pero esos valores resultan baldíos si no se utilizan certeramente en la forja de un concepto para que resulte vestido con el ropaje sobrio y elegante del buen decir. Y para ese logro es preciso que el prosista o el poeta pasen la vida leyendo y escribiendo constantemente, ocupando sus "horas trémulas" en el sagrado ejercicio de su profesión. Sagrado, porque el escritor tiene hacia el público una grave responsabilidad ética, intelectual y social. Porque los libros, como la cátedra, la prensa y la tribuna, son guías del alma de los pueblos.

El que escribe es, en realidad, un sembrador de ideas que pueden o no fructificar en el vastísimo y multiforme barbecho del humano espíritu; y como existe la posibilidad de que la semilla germine y dé fruto, será necesario que el sembrador, consciente de su responsabilidad moral y cultural, sopese en su ánimo el alcance de sus ideas para que las vierta en las mentes de los demás con el cuidado, la afección y el altruísmo que merece el hombre.

El escritor nace, pero no alcanzará personalidad estimable si no cultiva sus facultades innatas en la vida y en los libros. No se llega a escribir bien sin aprender la técnica del lenguaje en un ejercicio constante y fervoroso de pluma y lectura, para ir enriqueciendo su léxico en forma que haga atractivos sus propósitos y agradable el ritmo de la composición.

Los vocablos son el tesoro del espíritu. A mayor abundancia de ellos, mayor riqueza del lenguaje y más grande floración de pen-

samientos. Porque la palabra crea ideas. Cada una es una luz que descubre situaciones, horizontes, méritos, estados de alma.

Las sensaciones sin la palabra resultan estériles. Sin ellas, ahí se quedan en el fondo del almario, inertes, mudas, sin expresión, sin acción, pero cuando el vocablo viene en su ayuda, el pensamiento se levanta, anda y vuela, y, además, se reproduce, porque las ideas son madres de conceptos. Una idea flamante acarrea otra, y otras más...

Cuando el vocabulario nutrido hace acto de presencia, cada voz dice al escritor: aquí estoy, úsame, que quiero ser útil; tómame, que quiero crear. Y entonces el aludido, identificándolas, estimando su belleza, calibrando su valor, su sonido, sentido y misión, las acaricia, las ama y hace lucir, armonizándolas, para vestir un objetivo o realizar una tendencia, para orientar, educar, deleitar.

"La palabra, dice Gusdorf, constituye la esencia del mundo y la esencia del hombre." Y es cierto, porque las palabras nos vivifican, nos alientan, son como gotas de sangre que van pasando del corazón al cerebro y del cerebro a la pluma, para fortalecerla, dándole empuje, afinación, inspiraciones. Sí, la palabra es esencia del escritor, es su verbo divino, es su vida misma.

SU ESTILO

De ese respeto entrañable a las palabras, de ese amor a su esencia y aroma, y del conocimiento profundo de la nutrida lengua castellana nació la prosa suelta y bruñida de don Quijote de la Mancha.

Su estilo es prócer por la abundancia de sus términos y elegante por el señorío de su frase. En él influyó el medio. En Valladolid aprendió a leer conservando en la memoria los versos del Romancero; allí escuchó "la entonada habla de los tiesos ciudadanos y gallardos campesinos de Castilla..." "y se le pegó, como dice Navarro y Ledesma, el más sacudido y al par más espeso castellano que se habla en el mundo".

La prosa cervantina es de enjundia y nervio, porque lleva en su entraña ideas robustas que guían con su luz y enseñan con sus sentencias. Por eso es eterno, porque como dice Remy de Gourmont, "nada muere más pronto que el estilo que no se apoya sobre la solidez de un fuerte pensamiento".

La forma del Quijote, en su conjunto, exhibe una arquitectura airosa y rica en detalles preciosistas, sostenida con cimientos substanciales de perenne duración. Sus períodos impecables son color

que fascina y música que canta, no sólo por sus eurítmicos giros, sino porque en su melodía sus notas van grávidas de incesante semillero de verdades del más equilibrado ingenio. Y es también plástica seductora del paisaje español, con sus costumbres pintadas de luces vivísimas que presentan los seres y las cosas del solar hispano con trazos indelebles de un realismo que parece inspirado en los lienzos de su genio gemelo, Diego Velázquez. Es, en suma, el estilo de Cervantes el estilo de España: rico, recio y bello. Pudiendo aseverar que si Don Quijote inmortalizó a su padre, Don Miguel de Cervantes Saavedra inmortalizó la lengua de Castilla, porque nadie como él interpretó y aprovechó el genio de ese idioma.

LA EXISTENCIA DOLORIDA DE DON MIGUEL

"Siempre las desdichas persiguen al buen ingenio", decía, y a él lo persiguieron siempre. "Yo nací para ejemplo de desdichados; y para ser blanco y terreno donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna."

Cervantes fué un malaventurado y por eso creó maravillas, porque el dolor es maestro de la vida y de la pluma. Y como no tenía compensaciones, se tornó pesimista. "Al desdichado —dice— van a buscarlo las desdichas y le encuentran aunque se oculte en los últimos rincones de la tierra."

Su pesimismo le viene de sus continuos e injustos infortunios. Acusado de ladrón, una vez, y de homicida otra, cuando no lo era sino aparencial, el Hidalgo caminó de cárcel en cárcel padeciendo horriblemente la falta de libertad que él amaba tanto, y sufriendo de continuo el baldón de la infamia que es la gota candente que cae sin cesar sobre el alma asaeteada por la murmuración, la malevolencia, la inquina; y, lo que es peor, por la calumnia que no sabe que es calumnia porque se cree justicia.

Pero quizá sufriera más cuando empujado por la miseria aceptó un puesto infamante que lo obligó a no escribir. ¡Y en la prisión sí escribía!

Cuando deja Madrid para marchar a Sevilla, dice: "Dejé las plumas y las comedias, y tuve otras cosas de que ocuparme." ¿Cuáles? Las atañederas a los alcabaleros. "Esa raza de los comisarios que destruyen las repúblicas", como él mismo afirma. Aquellos de quienes decía Mateo Alemán "... roban a los miserables y a las viudas, engañan a sus superiores y mienten a su rey".

El héroe de Lepanto, el bravo adalid de los tercios de Figueroa, el excelso poeta, el español típico de arrogancia señera, el gran señor pobre convertido en un pobre señor representante de una "casta detestada".

Desdichas tales remueven nuestra ternura hacia el que siendo genio lo encaminan sus malos destinos a menesteres que odia porque provocan odio.

Dejar el escritor su péñola es pena de las mayores. Dejarla es como abandonar el alma, que es tanto como quitarle al cuerpo su espíritu. Dejar la pluma, amándola, es imponerse un sacrificio lacerante, sumir el corazón en la mudez cuando tiene ansias de cantar, es como cortarle las alas al propio ideal que quiere subir y subir sin límites.

Otra de las infelicidades que sufriera de manera pertinaz, fué la miseria. Pero loado sea Dios que hizo a Cervantes destinatario de pobrezas e infortunios que engendraron "la primera novela del mundo". Porque el Quijote es hijo de un literato paupérrimo, que si hubiese sido opulento jamás se habría imaginado al Caballero de los Leones.

Cervantes feliz, en la euforia de una existencia placentera y triunfal, no habría descrito el fondo irónico y amargo que palpita en las entrañas de su obra suprema. No hubiera pintado con su realismo vivo y punzante las injusticias y errores de su tiempo, precursores fatales de la decadencia de España.

Las riquezas son, generalmente, instigadoras de molicie y vicios. La pobreza es acicate de actividades del cuerpo y del alma.

La existencia de Cervantes fué una ininterrumpida y tenaz sucesión de "agobios monetarios". Parecíase a la del autor de la Comedia Humana, aquel su semejante en penas y genio.

"No olvidéis —decía Balzac a su familia— que no poseo ya más fortuna que el tiempo y el trabajo y que no tengo con qué hacer frente a los gastos más mínimos. . ." Y trabajaba ahincadamente porque el escribir, escribir siempre, era su único *modus vivendi*. "Soy bien desgraciado. Necesito la tranquilidad del claustro y paz. Cuando yo sea feliz, quizá se me haga justicia; pero será demasiado tarde, porque yo no seré feliz más que muerto." Así Cervantes, que vivió entre vergüenzas de deudor empecatado hasta que lo vino a libertar la muerte que le dió su gran tesoro, el de la gloria.

La pobreza del hidalgo manchego nos mueve a piedad y a admiración porque pasa estrecheces superlativas que soporta con serena dignidad. Nunca profiere la más breve queja por su indigencia,

antes al contrario, pareciera que la gusta y recibe con franciscana vocación. Con razón decía Romain Rolland "que nunca la vida es más grande, más fecunda ni más dichosa que en el dolor".

Cervantes sin pecunia, zaherido por la envidia, perseguido por la fatalidad que le fué implacablemente fiel, victorioso en Lepanto, con esperanza y derecho a una recompensa que nunca consoló su ánima, cautivo y encadenado cinco años en África cuando iba a recibir, tal vez, la compensación oficial muy merecida de su heroico comportamiento; víctima de un desaprensivo e ingrato gobierno que no supo justipreciar al español que habría de darle su honra más legítima, ese alcabalero calumniado, el poeta que befó la envidia, el novelista que imitó un mediocre, preterido por los grandes que no sabían que estaban subestimando a la Majestad de más alta jerarquía en el reino Imperial de las letras castellanas, ese aporreado de la vida a la que amaba tanto, tuvo, sin embargo, la contrapartida de sus desabrimientos y amarguras en el placer de escribir. ¡Escribía! ¡Escribía! Es decir, era feliz en su desgracia.

Escribir, para el tristemente dichoso Manco, era vivir no sólo su incomparable vida de artista, sino las intensas vidas de sus personajes, era darse por entero a la pluma, era consuelo y compensación a sus desgracias, euforia de su pecho, impulso avasallante; era, sobre todo, necesidad.

¡Bendito dolor que fué su inspiración y su espuela; benditas desdichas que le permitieron, en la soledad silenciosa de su prisión injusta, entregarse por entero a la forja de sus dos hijos dilectos, Don Quijote y Sancho Panza, que lo llevarían de la mano, con santo amor filial, al reino donde recibe el rendido homenaje del universo mundo que habla español.

Escribir todos los días y todo el día, es decir, sin ahorro de goce, sin darle tregua al perenne trajín del pensamiento; ni dejar descansar al corazón de manera que cada movimiento de sístole o diástole es reflejo de un ensueño cuajado o de una desesperanza sorpresiva, de una victoria o de un fracaso, es ser personaje de una dicha enhiesta. Porque los goces del alma lo mismo vienen al escritor cuando describe las venturas de los "hijos de su fantasía", que cuando pinta sus desesperaciones y tormentos, porque entonces el autor vive el mundo que quiso crear, paraíso o infierno, por obra suya que lleva sangre de su sangre, que está hecha a su imagen y semejanza con la única ambición de trasmitir su espíritu a la conciencia de los demás.

Por todo eso, habiendo sido mísero en vida, murió con fastuosa fortuna que no heredaron la sobrina, ni Sancho ni sus contertulios

pueblerinos, sino sus herederos por derecho propio, la multitud inacabable de lectores que disfrutan y disfrutarán por los siglos de los siglos la lectura de Don Quijote de la Mancha, la "Biblia civil de la raza".

LA ESTATUA ESPIRITUAL DE DON QUIJOTE

Don Quijote tiene enajenada la razón, pero no la dignidad. Es dignísimo en todos sus actos. Si Cervantes es un gran hombre, Don Quijote es un gran señor. Él no desciende de nobiliaria estirpe y, sin embargo, es un prócer por sus maneras, por su hidalga compostura, por la aristocracia de sus ideas y la magnanimidad y magnitud de sus sentimientos.

El Ingenioso Hidalgo tiene alma de redentor, pues lo que él pretende es "mejorar la depravada edad nuestra". Por eso decía: "mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son de hacer bien a todos y mal a ninguno. . ."; porque hace el bien sin mirar a quién; y "dice el derecho y va más allá, lo ejecuta". Y no pide consejo para discernir su juicio, porque "él es quien es", un amo de la justicia, porque la lleva dentro de sí mismo, para impartirla, cuando es menester, con la ayuda de su potente brazo; porque Don Quijote nació para sacrificarse por el bien ajeno. Y era tan bondadoso, que mientras más padecía se hallaba más satisfecho de sí mismo, porque su felicidad no le venía de fuera, no esperó nunca que se la otorgaran los demás, por la lisonja o el aplauso, su felicidad le manaba de él mismo cuando cumplía en la penitencia o el combate, su misión sagrada. Su brazo y su sangre están al servicio del bien, la belleza y la justicia.

Era el misionero de un bien extenso que debería multiplicarse en infinitos beneficios, pero en su irresponsable locura el bien que intenta se le trueca en mal, pasándole entonces lo que a Pablo de Tarso le acontecía: "miserable hombre de mí; . . . no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, hago". Y no por eso menguaban su santidad ni su fe, sino al contrario, se le acrecentaban en gran manera.

Por eso Don Quijote tenía los relieves de un héroe y de un santo. No llega a ser mártir, pero si llegara a serlo, soportaría el martirio con religioso deliquio, sufriría embelesado por la mayor gloria de la humanidad. Porque es el más caballero de los caballeros; tiene bondad de vida, sus intenciones son las óptimas que puede albergar el espíritu humano: "No hacer mal a nadie", ser apóstol de la bienhechora equidad. Sus ilusiones son impecables, su concepto del ho-

nor se ha hecho legendario y simbólico, no tiene parangón, ni tiene par, es el honor "quijotesco", es decir, el más cumplido y exigente. Guardar ese honor con el valor más acendrado, no macularlo nunca ni permitir que lo desdoren es su empeño obsesionante y el delirio que lo alucina.

En las desviaciones de su razón, va siempre buscando metas sublimes. Y por eso se le admira y se le venera.

Don Quijote no conoce el egoísmo. Practica el bien porque es caballero andante, pero ni siquiera goza practicándolo, porque si gozara, ya no tendría el mérito de ser desinteresado.

El ilustre redentor laico, lo poquísimo que tiene, no lo retiene para sí, porque todo lo da. Él no concibe las riquezas ni le importan, ni las quiere. Por eso dijo con altivez dignísima: "yo desprecio la hacienda, pero no la honra". Porque la honra estaba en su ser mismo, como la sangre y el aire que sostienen su existencia. El honor era el eje vertical de su personalidad; tenía que alimentarlo y defenderlo para no morir. Por eso, al ser vencido por el Caballero de la Blanca Luna, el golpe moral de su derrota fué tan rudo que le volvió la razón no más para morir.

Don Quijote es, como dice Unamuno: "el brazo por quien se ejecuta la justicia de Dios". Un santo laico sin bordón ni sayal de estameña, sino espada orinienta, menguado yelmo, lanza quebradiza, casco irrisorio, rocín escuálido y mansurrón y escudero acomodaticio y antiheroico.

El manchego enajenado hace reír, pero no a carcajadas como un payaso, sino con la risa apacible y tierna que nos cosquillea con sus manías y nos deja suspensos y encantados con las discretas razones que nacen de su privilegiado talento.

El Caballero de los Leones no es un rey de burlas que haga el ridículo; eso, no. Es respetable por su serenidad, su severo talante y su valor. Es un varón inocente que por sus empresas siempre frustradas nos hace sonreír, creando en los espíritus que se solazan con sus genialidades, un hondo aprecio, mezcla de conmiseración y respeto admirativo. Don Quijote es un héroe sin victorias, pero su alma es heroica.

Cuando leemos que en sus desvaríos quiere resucitar los libros de caballerías con los más eminentes propósitos, entonces nos inspira piedad y estimación, estimación porque persigue desinteresadamente irreprochables fines, y piedad porque "sus ideales se le quiebran en las manos".

El inmortal desfacedor de entuertos inspira agradecimiento cuan-

do nos hace reír, porque la risa es la gran consoladora. Cervantes con los hechos y discursos de Don Quijote parece decirnos:

—Libértate de la esclavitud del dolor, y ríe; olvida tu sufrir con el rumor cantarino de la risa; ríe cada vez que la vida te bese el alma; goza, olvídate aun del pensamiento para que las gentes se vanaglorien de oír la melodía de tus risas; ríe para alegrar a los dioses, ríe para agradecer a la Providencia el don divino de la risa que es música celeste.

Cuando Don Quijote nos hace sonreír, deja en nuestras almas un sedimento emocional indefinible, mezcla de compasión y terneza sedante, que al propio tiempo nos seduce y endolora, provocándonos al fin una lágrima que por pena, cariño y simpatía se transforma en sonrisa. Gran conquista, porque según nos enseña Tolstoi, "es sólo en la sonrisa donde reside lo que llaman belleza".

SU DEBER

Pobre Don Quijote, su vida es un fracaso, cuanto emprende le sale mal, porque siempre se equivoca. Sus lanzadas épicas se tornan garrotazos implacables sobre sus espaldas. Busca lo sublime y cae en lo irrisorio. La ingratitud lo persigue: aquel a quien libertó lo colmó de injurias que no fueron óbice para que continuara obcecadamente su cristiano empeño. Y aquellos cínicos galeotes a quienes otorgó el don impagable de la libertad le retribuyeron su candorosa protección apedreando su mal traído cuerpo.

¿Pero qué le importan los desastres si él cumple sus deberes? El deber es todo; es su bandera y su destino. Si en su cumplimiento cae, se levanta enardecido, porque los golpes que recibe no le duelen en el canijo cuerpo, sino en su alma brava, que no se da por vencida, pues mientras aliente en este mundo seguirá en la brega, cayendo, si es preciso, pero levantándose siempre, porque lleva dentro una inspiradora llama que lo alumbra y una palanca que lo impele con fuerza prepotente a realizar su deber.

Cumplir la misión de nuestra vida. ¿Me dais empresa más hermosa y satisfactoria?

Cuánta razón tenía Kant al decir: "Deber, palabra sublime; tú no ofreces nada agradable al hombre, no hablas más que de sacrificios y, sin embargo, tú solo le revelas su dignidad, su libertad."

Pensar en el deber perseverantemente, vivir en la ilusión de cumplirlo; siempre con la esperanza de alcanzarlo, sin contar con otra fuerza que la propia; luchar para gozar del triunfo. Pero no

para que ese goce sea ostentoso y estentóreo, sino para que sea íntimo, opaco, callado. No para provocar el aplauso de los demás, sino el de nuestra conciencia. Los vítores ajenos pueden ser inciertos y egoístas, pero el temblor de la dicha que apenas escuchamos y sentimos en el rincón escondido de nuestro espíritu, ésa es la gran victoria certera y profunda que nadie nos puede arrancar.

Y ésa era la ventura de Don Quijote, cumplir su deber para ponerlo a los pies de su dama.

Con todos sus fracasos, Don Quijote no inspira lástimas, sino ternuras, porque si ya sabemos que sus hazañas caballerescas son apócrifas, que los gigantes que acomete no son tales, que los ejércitos que vence no son sino rebaños de inocentes bestezuelas, que los galeotes que desencadena son gente maleante inmerecedora de su erguida protección; si mientras vamos leyendo cómo son las malandanzas del "loco que tira a cuerdo", ya estamos en el secreto de que lo envuelven la mentira y el engaño; si ya estamos al cabo del porqué de sus infortunios, también sabemos que su valentía es auténtica, de tal suerte que acometería con igual denuedo a gigantes de carne y hueso, a ejércitos verdaderos y a leones feroces.

Él no sabe cuál es la realidad. Para él, lo inexistente existe; lo que es falso, para él es la verdad. Y por eso su bizarra intrepidez, su erecta hombría, son indudables, se alojan latentes en su espíritu para lucir en hechos que enaltezcan su vida.

Cuando Don Quijote se dió cuenta de que "hacer bien a villanos es echar agua en el mar..." —agregó—, ... "paciencia y escarmienta".

¡Pero qué había de escarmentar, si no nació y vivió para eso, sino para hacer el bien siempre y como fuere, en cualquier tiempo y ocasión...!

Qué bien lo sabía Sancho, que ni un instante creyó en su escarmiento, porque su amo era como Cervantes lo hizo y... "genio y figura"...

Y el genio de Don Quijote le pedía, le exigía que hiciera el bien por el bien mismo, sin esperar paga ni recompensa humana, que ya no sería bien, sino comercio de toma y daca, o sería disfraz de egoísmo, pero no magnanimidad, que ésta, cuando es real, se otorga con llaneza y sin aquella reserva mental que va repitiendo un poco con sinceridad y dos pocos con hipocresía: "que el cielo me lo tenga en cuenta".

Pero confesamos que Don Quijote sí tenía su egoísmo, sí iba tras una recompensa, ¡pero qué recompensa de color de armiño y

esencia de beatitud, la recompensa de que todas sus proezas, sacrificios, desvelos y peligros por impartir libertad y misericordia a los demás, las considerara el Ser Supremo como pruebas palmarias de rendimiento a su doncella del Toboso.

EL AMOR QUIJOTESCO

Don Quijote es el tipo clásico del enamorado del amor. Porque la Dulcinea que él ve no existe sino en su mente loca y, sin embargo, la ama. La ama como símbolo, y por eso es tan puro su sentimiento que antójase idolátrico. Porque su bien amada no le inspira deseos ni celos. Esos deseos que enaltecen el amor, pero también lo matan; que son prueba de amor, pero también su tormento y su veneno. No, el infeliz amante no conoce el ritmo embriagador de las quintaesencias eróticas, no sabe que el beso es un tesoro inconsútil que enriquece nuestras pasiones hasta hacerlas delirantes. No sabe de voluptuosidades; por sus mejillas no pasaron las manos cariciosas que lo embelesaran con sus arpegios, su testa fatigada de tanto cavilar en fantasmas y encantamientos, no tuvo jamás el consuelo de la caricia sedeña que adormece y transporta al plano inefable de la terneza. Sus dedos huesudos no se entrelazaron con otros femeninos para formar las cruces santificadoras de la pasión.

No obstante, su amor es una verdad pura. Si para el mundo Aldonza Lorenzo es una zafia lugareña, una falsificación quijotesca, para el doncel enajenado "es la señora de sus acciones y movimientos"; es su dama, por la que sueña y pelea. Su sentimiento por ella es el más casto y desinteresado: el platónico, el que nada espera de la carne y sus deleites; el que no piensa siquiera en la paternidad, sino el que todo lo idealiza en el ser más sublime de la creación, la mujer. No en aquélla porque es una Venus en su escultura viviente, ni en aquesta, porque es reina de gracia; ni en la de más alla, por sus talentos, sino en todas las mujeres simbolizadas en una sola, que existe en su magín de loco y de artista; una mujer imaginada, su *ella*, su Dulcinea del Toboso; la que reúne en su nombre extraterreno, reinante en la nebulosa de su fantasía, todos los dones del alma y la materia que Dios Nuestro Señor otorgó desde siempre a esa divinidad terrena que es la mujer.

Con su amor "casto y continente", se aparta Don Quijote de los fines fisiológicos de la reproducción, porque él no vino a perpetuarse en el mundo, sino en la gloria. Él rinde culto al amor-Dios y no al sensual que con el deseo crece, y se desvanece y se va. El amor

quijotesco es inmaterial, se satisface con vivificarlo sin esperar recompensa ni del beso más superficial ni de la caricia más alada. Su amor es de gloria y fama. Enalteciéndolo en su pureza, lo presenta como más digno de Dulcinea. Don Quijote era un enamorado que se olvidaba de sí mismo y era su amor tan profundo como ese de que nos habla Amiel, que es "una luz, una religión y una revelación que desprecia las victorias inferiores de la vanidad".

SU IDEAL

Don Quijote ya en pos de un ideal caballeresco que es suyo propio. No es aquel de la Edad Media a cuyo servicio son puestas las creencias religiosas. El arcángel San Miguel "es el antepasado de la Caballería, como milicia terrena y caballería humana. Es la sucesora terrenal del ejército de los ángeles en torno del Señor", dice Huitzinga.

El Caballero de la Mancha es profundo cristiano, pero su objetivo no es religioso: es humano y se refiere a la misericordia.

El ideal quijotesco desciende del que tenían los caballeros medievales cuya esencia era "la fantasía multicolor y estética, pero fundamentada en la virtud y piedad". Sólo que aquellos señores de valor hazañoso, de oropelescas justas cuajadas de vanidad tenían por eje la soberbia. . . ; y él no, Don Quijote no era soberbio, era dignamente orgulloso y era simple como los poetas místicos.

Otro de sus ideales era el de ser fiel a la lealtad y hacia sí mismo.

La lealtad a sí propio consiste en ser consecuente a nuestros deseos y fines. Seguir con fe la propia vocación, es decir, perseverar en las ilusiones y ansias personales. No torcer nuestra vida, no falsificarla respetando su verdadero destino. El que la hiere se hiere a sí mismo y se expone al suicidio de su ser espiritual, que es el peor de los suicidios.

Don Quijote fué fiel a sus principios, a su dama y a su misión caballeresca. Jamás traicionó a Dulcinea, no digamos de obra, pero ni de pensamiento siquiera.

"Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso. . . (le dijo a Altisidora), y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible."

Aceptó el reto del Caballero de la Blanca Luna por apego a su deber, y al ser vencido quedó obligado a cumplir su palabra, y la cumplió diciendo: ". . . hice lo que pude, derribáronme y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi

palabra". Y, al cumplirla, el dolor de la derrota le volvió la razón para entregarlo a la muerte y a la inmortalidad.

CERVANTES Y DON QUIJOTE

Cervantes nació para el Ingenioso Hidalgo de la Mancha y el hijo bien amado fué su vida misma.

Muerto el divino loco, el padre no tenía más que morir. Habló al mundo por boca del caballero andante con un acento que traspasaría los siglos y así su trascendente misión de dar eternidad a Don Quijote estaba cumplida, pues tal parece que las palabras de los genios son pronunciadas en un especial altavoz que les da infinitud en la altura y perennidad en el tiempo. Cervantes presintió la doble inmortalidad de su nombre y de su obra cuando hizo exclamar a Don Quijote que alcanzaría "gloriosa fama y duradera".

¿Y qué otra cosa anhela el esclarecido castellano, sino prestigio y nombradía? ¿Y qué otra ilusión alberga en su pecho el hombre que dedica su vida al difícil ejercicio de la pluma, sino la ambición de ser leído y gustado por la presente y sucedientes generaciones?

El literato escribe para que lo lean, no para enterrar en la gaveta sus papeles queridos, sino para deleite ajeno, si le es dable, para dirigir a los demás, si tiene prestigio; enseñar, si es maestro, descubrir el pasado, si es historiógrafo; mostrar caminos, si es humanista...

Sobre tales supuestos nos preguntamos: ¿Cuál sería el propósito real de Cervantes Saavedra al escribir su Don Quijote? ¿Sería nada más el de lanzar "una invectiva contra los libros de caballerías", como él mismo dijera? "¿No miró a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen tales hechos...?"

¿Llevaría solamente por meta "... derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más..."?

Si así fué, Cervantes, con el hijo predilecto de su fantasía, logró mucho más de lo que dijo que anhelaba, porque en realidad edificó, interpretándola y eternizándola, la conciencia de España, de la que es su símbolo, porque la entraña de Don Quijote está hecha a semejanza del espíritu español: íntegro, intrépido, emprendedor, digno en sus victorias y en sus desastres.

"El Quijote es el libro clásico de España." Y es imperecedero no sólo en su patria chica, que es la misma España, sino en su patria

grande, que es el mundo entero; pues, como dice Menéndez y Pelayo, Don Quijote "habla a la humanidad de todos los tiempos".

Pero, sobre todo, Cervantes modelado en cantera de Castilla la Vieja había de entregar a la posteridad al Señor Don Quijote de la Mancha que lleva en su almario la grandeza espiritual de "Hispania fecunda".

DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA

Pero Cervantes no sólo hace prototipo de lealtad a Don Quijote, también a Sancho, el escudero paradigma de fidelidad.

Sancho no es la cordura ni la razón, es el buen sentido acomodaticio y egoísta que ve la realidad tal como es y la aprovecha, cuando puede. Su amo dice de él que "tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo, y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con más discreciones que le levantan al cielo".

Sancho es el sentido común vulgar y corriente, el hombre pueblo con sus bondades y sus malicias. Y bien, el criado no se pertenece a sí mismo, es de su señor, vivía para él porque el amo era una especie de divinidad en la tierra como si fuese un Dios del cielo. Él no era nada comparándose con su mandante, porque no se sentía dentro de sí mismo, sino dentro del superior, que es casi su dueño, o sin el casi. Le mandaba y él obedecía, y más que eso: Don Quijote creía una cosa, y él, aunque le contradijera y replicara, al fin de cuentas creía lo mismo.

A tal extremo que dijo: "Júntate a los buenos y serás uno de ellos... yo me he arrimado a buen señor y ha muchos meses que ando en su compañía y he de ser otro como él, Dios queriendo." Porque Sancho tenía la sumisión como característica, por eso le dijo al Bachiller:

"Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante..."

Y cuando la Duquesa, con malévola insinuación, tienta a Sancho para que abandone a su amo, el fidelísimo subordinado le contesta: "... si yo fuera discreto días ha que habría dejado a mi amigo, pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza, no puedo más, seguir le tengo, somos de un mismo lugar: he comido su pan, quiérole bien; ... y sobre todo yo soy fiel...".

Es decir, que para ese buen hombre que era un hombre muy bueno, la virtud que más le importaba tener y cumplir era la fidelidad. Y la cumplía. Era básicamente fiel. Tenía la cualidad más estimable

en el hombre, la lealtad. La que crea la confianza y la fe en el amor y la amistad, la que da prez y dicha al que la tiene y desdora y envilece al que la niega con su verbo o sus actos.

Pero y los pobrecitos Rocinante y Rucio, ¿no fueron también fieles? Ellos soportaron miserias y rigores de la Naturaleza, padecieron hambres y cansancios sin cuento, fueron maltratados sin motivo, y con todo, allí se estaban y seguían apegados a sus buenos amos, que el caballo y el asno, como el nobilísimo perro, ni tienen más voluntad que la de su dueño, ni más destino que el que les dan; el de arrear siempre adonde los llevan.

Don Quijote y Sancho se complementan y equilibran: de una parte, el idealista soñador, el amo loco y equitativo, de la otra el honrado siervo bonachón e interesado, pero bueno y leal.

Los dos son representativos: del ideal uno, de la corriente realidad el otro.

El amo sin el criado sería siempre valioso, porque siendo un hidalgo de "solar conocido" y sobresaliente inteligencia, sería en cualquiera circunstancia personaje de romance; pero tendría que ser monologador perenne. En sus soliloquios sería admirable, pero con el criado se desenvuelve más y mejor, se afina, se estiliza, se engrandece.

El loco necesitaba un interlocutor para dialogar con él, y ese interlocutor es el sentido común que representa Sancho con su ignorancia ladina y noblota. Por eso se ha dicho que "las locuras del señor sin las necedades del criado no valdrían un ardite"; y es que ese par de ingenios sin par, es el deleite mayor de la obra maestra. Los diálogos de amo y escudero son un reguero constante de ideas, aleluyas; admiraciones, admoniciones y amarguras. Porque la palabra docta, brillante, pertinente y bella de Don Quijote encuentra rara vez el asentimiento inmediato del escudero. Y entonces resultan réplicas y dúplicas inspiradas en el ingenio lúcido y certero del zorro Sancho, neto en sus observaciones ingenuas e indocumentadas, pero que representan la verdad contra las mentiras de la locura, lo real contra lo imposible, lo terreno y vulgar contra los idealismos maravillosos del cuerdo enloquecido.

Esos diálogos tienen y tendrán vigencia perdurable como modelos de hermosura en la frase bien cortada y en el pensamiento contundente.

Es cierto que en sus decires Don Quijote no tiene el sentido exacto de las cosas, porque la razón le falta y la sinrazón lo ofusca, pero qué enjundia albergan sus ideas, qué rectitud flamea en sus intenciones, qué genio aletea en su aliento.

CERVANTES POETA

Cervantes tuvo la dicha de ser poeta; y lo era nato, donoso y esbelto; sólo que su prosa, no diremos que mató a su poesía, como se dice, pero sí la postergó, la esfumó, y es que el artista, como afirma Gómez de la Serna, era un poeta "concepcional más que de versos".

Como poeta se sintió "intérprete de los dioses", y por eso dolíale en gran manera que su colega coetáneo Lope de Vega lo menospreciara y fuese su fustigador impío.

Pobre bardo que "desde sus tiernos años, confiesa, amó el arte dulce de la agradable poesía", y compuso "romances infinitos" para ser motivo de comento desdeñoso y malévolo del Fénix de los Ingenios, el que menos debiera abajarse a cosa que tuviere la más leve semejanza con la envidia.

Pero qué le vamos a hacer, es condición humana tan inconfesable y fea, como existente y efectiva en todos los medios artísticos, ésta: que los peores enemigos, solapados unos, y francos otros, son los del mismo oficio. Cuando debiera ser lo contrario, porque en ese mundo de la belleza debería campear una fraternidad andante, no loadora en todo caso, pero siempre justiciera.

Cervantes no fué como Dante "el rey de los poetas", pero sí fué el rey de los prosistas.

La obra cervantina no es como la poética de Shakespeare, "el más formidable archivo de documentos humanos", como decía Taine; no, en el escenario del gran español no aparecen los personajes simbólicos de todas las pasiones que mueven al hombre: amor, avaricia, celos, ternura, ambición, maldad, duda... En el archivo de Cervantes se encuentran, fundamentalmente, dos figuras centrales, Don Quijote y Sancho, en los que vive y palpita el mundo gigantesco del espíritu humano: creado por un "gran poeta en prosa".

LA CULTURA DE CERVANTES

Culto era el hombre, que si no lo fuera, no habría inventado ni construído obra de tanta enjundia, originalidad y perfección. "Es posible —dice Paul Hazard— que Cervantes no fuese un sabio según la escuela; fué un sabio según la vida."

El ilustre Manco, ya se sabe, leyó mucho, pero los dos libros que más leyera fueron, el de la vida que nos enseña a conocer las pasiones mundanas, y el de la Naturaleza, la suprema maestra de los artistas.

Duhamel, en certera sentencia, expresó: "Si alguna vez tuviera que darle un consejo a un hombre joven en el umbral de su carrera literaria, le diría: viva primero."

Cervantes vivió su existencia con intensidad porque apuró hasta sus profundos fondos el amor a mujer. Y qué bien impregnado estaba en cosas amatorias el magno Don Miguel. Las comprendió como un erudito conocedor del alma y cuerpo femeninos. Alma y cuerpo que supo interpretar y seguramente gozar en sus ilusorias ensoñaciones románticas y en sus apasionados deleites varoniles.

Para eso caminó luengas tierras que le sorprendieron con hallazgos de mujeres singulares que correspondían a razas, culturas, altitudes y estirpes diferentes que dejaron en las hojas de su libro espiritual recuerdos indelebles; y en su cuerpo las huellas digitales de sus musas carnales que simbolizaron otros tantos idilios, dramáticos o de ensueño, que embellecieron su doliente vida.

Y también caminó por los senderos fantásticos del poeta magnífico, y no en vano, porque el Quijote es el libro inverosímil que nos enseña las sublimidades que alberga la todopoderosa poesía en el infinito campo de la invención novelística.

Diferentes tierras anduvo Don Miguel porque "el caminar adoctrina y embellece la vida" y "hace a los hombres discretos". Pero más que ningunas otras fué viandante amantísimo de sus tierras castellanas que no siendo agrestes ni risueñas, ni fecundas, fueron para él fuente de inspiraciones inmarcesibles, y escenario por donde quiso que subiera a la gloria su vástago predilecto.

Después de Lepanto no tenía Cervantes "más gloria que su manquedad"; pero pocos años más tarde, con su cultura de libros, de pasiones y de viajes y con el prodigio de sus talentos, el escritor se creció hasta llegar a esas cimas donde los genios se transforman en héroes o dioses.

RETRATO DE CERVANTES

El rostro del egregio manchego paréceme expresado en la figura señorial del "Caballero de la mano en el pecho", del Greco. Así lo imagino, así lo quiero, así es para mí: tipo de nobleza pura, ni vanidosa ni petulante, sino serena en su gran dignidad y fuerte en el ánima que revelan sus ojos.

Las miradas del "Caballero de la mano en el pecho" tienen una luz ancestral que le llega de muy lejos: es la flama legendaria de

una estirpe que viene del Romancero y cuaja en el fulgor de esas pupilas que inmortalizó Theotocopulus.

Así eran los españoles de la época gloriosa de Lepanto. Así también fueron los oficiales y soldados garbosos de la "Rendición de Breda", de Velázquez; así los cuerpos y las caras de los caballeros que contempló el mismo Greco en el "Entierro del Conde de Orgaz".

Así imagino que fué el ingenioso Hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra: prototipo de hidalga condición, de buen ver; de mirada que no miente, de frente que no se abate, de mano que nunca tiembla, y de espíritu cuyo abolengo se remonta al de aquellos conquistadores cuyos horizontes tenían siempre luz.

Ante esa efigie de Don Miguel de Cervantes que ha creado mi fantasía. Ante ese retrato imaginario del español que más admiro y venero, porque es el genuino y admirable representante de la raza hispana, ante él, en una escena de ficción y amor intelectual, quiero decir a su egregio hijo Don Quijote de la Mancha:

Gracias, Gran Señor, por el bien que me hiciste enseñándome tus conceptos de la bondad, el honor y la misericordia; gracias porque me guiaste por los caminos de la estricta justicia; gracias, Señor, porque en medio de tus cantos al idioma castellano, que son todos tus capítulos de romance caballeresco, encendiste en mi espíritu una llama que siempre arde como lámpara votiva a tu idioma esplendoroso; gracias, inmortal Señor Don Quijote de la Mancha, porque con tu fabla y tu fábula, tus heroicidades y tus locuras, tus discursos y tus penitencias y tus ideales de libertad y redención, me hiciste amar a tu patria como si fuere mía y me hiciste también, señor Don Quijote, un devoto rendido del verbo castellano en el que aprendí a hablar, a pensar, a amar, a rezar y a soñar.